

# La construcción de lo público en el entorno digital: transformaciones desde las

*¿Qué significa en la sociedad red lo público? ¿Cómo se transforman las identidades ciudadanas? ¿Cómo se invierte el sentido de la comunicación en la era digital? Interrogantes estas que se intentan responder ya no desde modelos o paradigmas tradicionales de las ciencias sociales y de la comunicología, sino partiendo del hecho de que estamos en presencia de un tipo de sociedad nueva que impone rasgos distintivos a la reflexión y por supuesto al conocimiento*



- Carlos Arcila Calderón
- Andrés Cañizález

# identidades ciudadanas



Galería de Papel. Rituale. Gerda Riechert. Colonia, 2010.

Ejercer ciudadanía en democracia significa tomar partido de los canales de comunicación que están dispuestos para la construcción de lo público, y más concretamente, para la tan ansiada horizontalización de los procesos de comunicación a propósito de los temas y asuntos que incumben a un colectivo y que son de necesaria discusión para el *consenso* y la *convivencia*. La comunicación es el espacio de intersección a través del cual se logran encontrar los actores sociales y los ciudadanos que hacen vida pública o que al menos tienen interés por ella. Lo que ha sucedido con el campo comunicativo y con todos los espacios derivados de lo que J. Habermas (1981) llamaba el *principio de publicidad*, es que los medios necesarios para acercar a los actores sociales y los ciudadanos eran notoriamente *insuficientes* para satisfacer las necesidades de información que eran condición para la construcción de espacios públicos democráticos y plurales. La entrada de nuevos-canales-para-comunicar está provocando, sin embargo, que este escenario cambie notoriamente.

La *esfera pública* del mundo actual difiere sustancialmente de la provocada por el *broadcasting* durante el siglo XX. Si bien la incorporación de los medios masivos de comunicación (prensa, radio y TV) provocaron una revolución con respecto al modelo anterior de comunicación *asamblearia*, el advenimiento de los medios digitales está generando un giro total sobre la construcción de lo público, posiblemente mucho más profundo que el generado por los hoy llamados medios tradicionales. Y es que la incorporación de las tecnologías digitales y las herramientas-ciudadanas-para-comunicar están suponiendo una inversión de sentido en el modelo tradicional de comunicación, que tiene consecuencias directas sobre las formas de gobernabilidad y participación ciudadana, pues dicha participación puede ser entendida desde la especificidad de las narrativas identitarias individuales y colectivas. Con esto, queremos decir que las transformaciones parecen

tener más que ver con la *acción ciudadana* que con la *acción gubernamental*.

El sentido de *lo público* se había desvirtuado al ser colocado como un agente del sistema y no como un resultado de las prácticas individuales que, en suma, otorgan sentido al hecho y a la *acción colectiva*. Esto es así porque la circulación de información en los medios tradicionales partía de un modelo centrado en el medio y en los emisores masivos, que terminaba por consolidar los modelos precarios de comunicación pública que se establecieron en la época pre-moderna (como la comunicación asamblearia que tenía lugar *a viva voz* en las plazas públicas o de mercado, donde transcurría la mayor parte de la discusión sobre los asuntos de interés colectivo) y que están siendo superados gracias al incremento de la participación de la ciudadanía y la sociedad civil en la construcción de los espacios públicos. “Lo público, resumidamente, se articula entre el interés común, el espacio ciudadano y la interacción comunicativa” (Martín Barbero, 2001: 76).

#### **UNA LECTURA DEL CAMBIO SOCIO-COMUNICATIVO DESDE LA IDENTIDAD**

El cambio socio-tecnológico del que son protagonistas los habitantes de esta *aldea global* encuentra su asidero en las formas de acción social que venían subvirtiendo las estructuras formales de la Modernidad. La falta de credibilidad en las instituciones tradicionales –como la familia, el Estado, el gobierno y la Iglesia– y el retorno a la persona como sujeto cambiante, apuntaló el terreno para el cambio de los modelos de interacción, en los que la identidad como elemento catalizador (Arcila, 2008a) ha jugado un papel fundamental en los procesos de construcción de lo público. No puede soslayarse que gracias a las acciones de la sociedad civil, por ejemplo en América Latina, y en parte a los propios procesos de ajuste de la década de los 80, se produjo un cambio en la concepción de lo que es público, que anteriormente se identificaba de forma casi exclusiva con lo estatal, como lo sostienen diversos autores, “hoy concebimos al Estado como lugar de articulación de los gobiernos con las iniciativas empresariales y con las de otros sectores de la sociedad civil” (García Canclini, 2000: 55).

La globalización tecno-comunicativa sugiere, pues, el crecimiento de los intercambios sociales y, por ende, de las interacciones comunicativas donde la identi-

“

**La idea de una gran aldea mundial interconectada se ampara pues en las expectativas sociales de los usos tecnológicos, que apelan a la fragilidad identitaria de los sujetos contemporáneos para calzar su inestabilidad en dispositivos tecnológicos cambiantes que –a su vez– potencian el descentramiento y la fragmentación.**

”

dad interviene en las prácticas concretas y moldea las estructuras sociales emergentes y los espacios dedicados a lo público. Descentramiento, relatividad, fragmentación, son, entre otras, las características de un contexto social que invade todas las esferas de la subjetividad humana, invirtiendo los postulados del *proyecto de modernidad* y convirtiendo nuestras percepciones del *si-mismo* en conjuntos de atributos (a veces contradictorios) que logran hacer de nuestra identidad un concepto a la vez *líquido* (Bauman, 2005) y *suspendido* (Yurman, 2008)<sup>1</sup>.

Es éste, precisamente, el escenario de desconcierto que viene dado a partir de los cambios socio-tecnológicos. En cierto sentido, sabemos que la ilusión de bienestar tecnológico no es del todo cierta, pero seguimos creyendo ciegamente en ella. En palabras de Salvador Paniker, nuestra *mentalidad ecológica* es esencialmente *retroprogesiva* (Paniker, 2006), pues concilia el nuevo paradigma científico-tecnológico, con una recurrente aproximación a nuestros orígenes (simultáneamente hacia lo nuevo y hacia lo antiguo), por lo que las esperanzas humanas puestas en la tecnología logran mantener activos los vertiginosos procesos de cambio cultural mediados por las infraestructuras tecnológicas. La idea de una gran aldea mundial interconectada se ampara pues en las expectativas sociales de los usos tecnológicos, que apelan a la fragilidad identitaria

de los sujetos contemporáneos para calzar su inestabilidad en dispositivos tecnológicos cambiantes que –a su vez– potencian el descentramiento y la fragmentación.

En fin, el mal llamado aplanamiento del mundo (Friedman, 2005) o globalización, pone de manifiesto que a la par de los cambios socio-tecnológicos, el terreno de la identidad cultural ha ido modificándose (tanto en el plano macro, como en el micro), advirtiendo una suerte de incompreensión hacia *nosotros-mismos*, incluso, de auto-desconocimiento que se produce en el seno de una incontrolada cantidad de relaciones sociales y comunicativas, presenciales y –sobretudo– mediadas por instrumentos capaces de vencer las barreras del espacio y del tiempo. La pérdida de la rigidez de nuestro *si-mismo* encuentra su enclave en los múltiples canales dispuestos para la auto-expresión que son mediados por la tecnología, permitiendo que la fluidez identitaria sea contada a *los-otros* y construida públicamente para defendernos de las posibilidades de modelamiento que ofrecen las interacciones humanas y que en muchos casos atentan contra la estabilidad de nuestros sistemas de valores y desquebrajan las ya frágiles estructuras de la cohesión cultural.

Conviene, pues, resaltar el papel que la identidad juega en el *contexto global* y, especialmente, en los espacios dedicados a lo público: el de motor catalizador de unas interacciones sociales que –en número– superan las capacidades humanas de recepción y decodificación de nuestra alteridad. Este *motor* nos permite ser capaces de diferenciarnos permanentemente y de asumir el contacto con *el-otro* en condiciones de simetría identitaria; es decir, de reconocimiento mutuo en donde los actores del sistema social hacen uso de sus posibilidades de auto-expresión para marcar distancia (o para acercarse) de la gran cantidad de pautas culturales y de comportamiento con las que tenemos que enfrentarnos en la esfera pública y en la cotidianidad de la globalidad, y que, en cualquier caso, buscan reclutarnos para fortalecer patrones axiológicos distintos a los nuestros.

#### **ESPACIO PÚBLICO Y SOCIEDAD CIVIL**

En otros textos hemos revisado con mayor profundidad el concepto de espacio público (Cañizález 2004, 2007), el cual tiene enorme relevancia cuando se debate sobre el efecto democratizador que pueden tener las nuevas tecnologías en nuestras

sociedades. La idea de un espacio público, de esa esfera pública a la que se refiere Habermas (1981: 65-66), está estrechamente vinculada con la noción de democracia como espacio para la discusión plural. El británico John Thompson recalca, por ejemplo, la importancia que le concede Habermas a la aparición de la prensa periódica en Europa, a fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII, en la medida en que “brindaron un nuevo fórum para dirigir el debate público” (Thompson, 1998: 102). Si se asume esta idea de los medios de comunicación como conductores del debate público en una sociedad democrática, entonces puede entenderse cabalmente una de las grandes preocupaciones del pensamiento latinoamericano que ha reflexionado sobre comunicación y democracia: fustigar la cooptación por intereses privados o estatales de tal espacio. El lugar de debate sobre los asuntos que conciernen a una democracia es público en la medida en que es plural.

Cuando se revisa el debate sobre la esfera o espacio público resulta ineludible referirse a Habermas. Como lo ha reconocido el francés Eric Maigret, el autor alemán hizo una enorme contribución a la sociología de la comunicación al introducir como parte de la teoría de la democracia justamente la noción del espacio público, y por tanto asumir dicha dimensión comunicativa como pieza esencial en la constitución de las democracias liberales modernas (Maigret, 2005: 355). Ello enriqueció los estudios contemporáneos de la comunicación. La existencia de un espacio público para el debate plural es, a fin de cuentas, sinónimo de democracia. Con Habermas tuvimos un cambio de paradigma: “El espacio público ya no está reservado únicamente a los actores institucionales e ilustrados, sino que en adelante será entendido a partir de la sociedad civil y de los medios masivos” (Maigret, 2005: 362).

Sin embargo, cuando se revisa este tema desde América Latina, fácilmente pueden detectarse enormes dificultades para hacerlo realidad. La construcción de un espacio público, a partir de la participación de la sociedad civil sigue siendo un desafío, punto de vista que compartimos con Rosa María Alfaro (2001: 31): la necesidad de construir una esfera pública, para lo cual le asigna a los medios de comunicación el rol de promotores, haciendo uso de la libertad de expresión y el debate deliberativo. Sin embargo, el compromiso de los medios latinoamericanos ha estado, y está, más cerca del poder polí-

“

**Sin embargo, el compromiso de los medios latinoamericanos ha estado, y está, más cerca del poder político y menos de los ciudadanos, con lo cual esa configuración de lo público resulta una tarea extremadamente difícil si no se produce un empoderamiento comunicativo de los ciudadanos para influir sobre las instituciones y los poderes existentes.**

”

tico y menos de los ciudadanos, con lo cual esa configuración de lo público resulta una tarea extremadamente difícil si no se produce un empoderamiento comunicativo de los ciudadanos para influir sobre las instituciones y los poderes existentes. “Sin el protagonismo de los latinoamericanos, estaremos ante una esfera pública débil y amorfa, incapaz de influir en los destinos de nuestros países” (Alfaro, 2001: 31).

La debilidad de la sociedad civil se evidencia —entre otros factores— en no liderar la agenda de discusión en los nuevos escenarios de debate público. Hay una estrecha relación entre sociedad civil y la construcción de lo público pues estas iniciativas si bien surgen por decisión privada, en realidad se constituyen en canales de participación, en aras de incidir en lo público, y por tanto son expresiones políticas (Cañizález, 2007). Sin embargo, observamos con preocupación que en algunos contextos quiera deslindarse lo político de la sociedad civil, y ello entraña un enorme peligro: “el riesgo de evacuar lo público de la sociedad civil” (Sánchez-Parga, 1995: 20).

Entretanto, pese a la denunciada brecha digital —que básicamente implica la falta de acceso y uso de las nuevas tecnologías— estamos asistiendo a una significativa extensión en el uso de las nuevas

tecnologías por parte de los ciudadanos en América Latina. Particularmente llamativa ha sido la explosión que ha representado Internet en abrir posibilidades para la interconexión, con sus diferentes herramientas no sólo para la circulación masiva de información (páginas web, blogs), sino también para apuntalar nuevas experiencias comunicacionales de lo que se ha llamado comunidades virtuales o redes sociales (twitter, facebook). Sin perder de vista la falta de acceso que ya hemos comentado, al iniciarse la segunda década del siglo XXI, es importante pasearse por el debate que acompaña a esta expansión del uso de Internet, entre los estudiosos de la comunicación democrática en América Latina. Cuando se plantea el potencial democratizador de las comunicaciones con Internet hay al menos dos grandes opiniones contrapuestas entre los estudiosos (Corredor, 2003: 9), visiones confrontadas que también se expresan en América Latina. Quienes lo miran positivamente consideran que Internet impulsa la circulación de información de interés público, de esa forma alimenta el debate ciudadano y por tanto fortalece la democracia; empero, quienes cuestionan el potencial democrático de la red apuntan a una sobre-representación en Internet de ciertos temas que no siempre están ligados a los intereses ciudadanos y un acceso atomizado que no favorece la discusión pública. Diríamos sintéticamente que hace falta de forma mucho más clara una agenda de la sociedad civil en el nuevo espacio público que se está constituyendo.

Partiendo desde el punto de vista de la participación ciudadana, y con una mirada más bien escéptica, hay una doble combinación de factores que harían difícil la consolidación de Internet como la anhelada ágora pública de nuestro tiempo. Por un lado, el número de ciudadanos que participan actualmente en los espacios de debate político y ciudadano es reducido, se trata francamente de una minoría; en tanto, la tendencia creciente de personas que se suman al mundo virtual lo hacen principalmente por razones lúdicas, es decir no están buscando participar de los debates políticos (Canelón, 2003: 14). Sin embargo, pese a tales objeciones, el propio desarrollo de las TIC aplicado a experiencias de gobierno electrónico, por ejemplo, han llevado a autores, tal es el caso del español José Luis Dader, a sostener que sí hay condiciones para hablar de una ciberdemocracia en nuestro tiempo (Dader, 2001).

**LO PÚBLICO Y LO IDENTITARIO**

La discusión anterior a propósito del espacio público y, especialmente, de la *sociedad civil*, nos invita a rescatar la idea de identidad como categoría (des)unificadora de lo social, en tanto sabemos que las tecnologías digitales han provocado —entre otras consecuencias— una explosión identitaria sin precedentes (Castells, 1998). Una de estas identidades colectivas que se ha catapultado es la misma marca de sociedad civil o sociedad civil organizada, que ha reavivado y exaltado cientos de sentimientos de pertenencia alrededor de la idea de un *nosotros* que nos diferencia de las instituciones, de los gobiernos, en fin, del sistema. La sociedad civil ha encontrado un asidero ideal dentro del caótico espacio público digital, pues dicho espacio fragmentario logra adoptar la misma *fractalidad* de la sociedad civil.

Con esto reafirmamos la idea de que la llamada sociedad civil no es un ente estático y uniforme, sino más bien una suma heterogénea de grupos (más grandes o más pequeños) que no poseen un sentido único o unívoco del mundo, por lo que su puesta-en-escena en el entorno digital está generando la posibilidad de conocer más y mejor los intereses y señalamientos de este sector. La construcción de lo público en el entorno digital es, pues, el resultado de un acoplamiento de intereses identitarios que deben ser vistos como parte de un proceso constante de fusión y fisión de sentimientos de pertinencia, que muy difícilmente pueden desarrollarse armónicamente.

La lucha por la unificación simbólica del sector civil y ciudadano es hoy una utopía del pasado, por lo que los referentes a propósito de *lo público* (lo que es de todos y atañe a todos) deben convivir con la desintegración contradictoria que es producto de las nuevas dinámicas sociales que son posibles gracias a la misma descentralización de las comunicaciones. Las tecnologías digitales influyen notoriamente en este aspecto: son las infraestructuras catalizadoras y —a la vez— detonantes de la re-construcción constante e indetenible tanto del acontecer público como de los mismos asuntos de interés ciudadano, de los cuales la sociedad civil quiere ser protagonista. La deseada participación social encuentra en este terreno esperanzas más concretas, pero que se ven seriamente sofocadas por las nuevas prácticas de detentación del poder que se están consolidando en los entornos digitales:

desde la lucha por el control de las redes hasta la imposición de códigos y la formación de nuevas hegemonías comunicacionales.

El rescate de los sentires identitarios para la construcción de lo público es fundamental para la consolidación de espacios sociales que representen la heterogeneidad de los colectivos. Si bien las redes tecno-comunicativas posibilitan nuevas formas-para-comunicar, es sólo desde la acción cultural y desde la reivindicación de las marcas de identidad que podemos proyectar un nuevo modelo de participación ciudadana y podemos hacer emerger las diferentes sociedades civiles organizadas, quienes, en último caso, son las principales detonantes de la inclusión de la ciudadanía en los temas de interés público.

■ **Carlos Arcila Calderón**  
**Comunicador Social. Profesor de la Universidad de Los Andes**

■ **Andrés Cañizález**  
**Miembro del Consejo de Redacción de Comunicación. Investigador del Centro de Investigaciones de la Comunicación de la UCAB. Representante para Venezuela de Reporteros Sin Fronteras (RSF).**

**REFERENCIAS:**

- ALFARO, Rosa María (2001): “Trances y apremios para construir ciudadanía”. En: *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación* (115), pp. 28-35.
- ARCILA CALDERÓN, Carlos (2008a): “La identidad como mediadora de la comunicación”. En: revista *Telos* (77).
- \_\_\_\_\_ (2006a): “El ciudadano digital”. En: revista *Chasqui* (93).
- CANELÓN, Agrivalca (2003): “Democracia electrónica, crisis de representación y participación ciudadana”. En: *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación* (121), pp. 10-16.
- CAÑIZÁLEZ, Andrés (2004): “Medios y constitución de lo público”. En: *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación*, (126), pp. 32-39.
- \_\_\_\_\_ (2007): *Pensar la sociedad civil. Actores sociales, espacio público y medios en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- CASTELLS, M. (1999): *La era de la información. Economía Sociedad y Cultura*. Vol.1 La sociedad red. Madrid: Alianza Editorial.

\_\_\_\_\_ (1998): *La era de la información. Economía Sociedad y Cultura*. Vol. 2 El poder de la identidad. Madrid: Alianza Editorial.

CORREDOR, María Daniela (2003): “De la retórica a la ciberpolítica. Perspectivas de la comunicación política en la democracia mediática”. En: *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación*, (121), pp. 5-9.

DADER, José Luis (2001): “Ciberdemocracia: el mito realizable”. En: *Palabra Clave* (4), pp. 35-50.

HABERMAS, Jürgen (1981): *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

\_\_\_\_\_ (2003): *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (2000): “Políticas culturales en tiempos de globalización”. En: *Revista de Estudios Sociales* (5), pp. 19-35.

MAIGRET, Eric (2005): *Sociología de la comunicación y de los medios*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARTÍN BARBERO, Jesús (2001b): “De las políticas de comunicación a la reimaginación de la política”. En: *Nueva Sociedad* (175) pp. 70-84.

McLUHAN, M. y POWERS, B. (1996): *La aldea global*. Barcelona: Gedisa.

PÁNIKER, S. (2006): *Ensayos retroprogresivos*. Barcelona: Kairós.

BAUMAN, Z. (2005): *Identidad*. Buenos Aires: Losada.

FRIEDMAN, T. (2007): *La tierra es plana*. Madrid: Martínez Roca, S.A.

SÁNCHEZ-PARGA, José (1995): *Lo público y la ciudadanía en la construcción de la democracia*. Quito: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.

THOMPSON, John (1998): *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.

YURMAN, F. (2008): *La identidad suspendida*. Caracas: Editorial Alfa.

**NOTAS**

- 1 Sobre este término ver la definición de identidad contemporánea que realiza Yurman (2008), donde asegura que la identidad consolida las clasificaciones *subjetivas* del mundo, persistiendo como representación viva, inasible, esencial y a la vez grávida de contradicciones.